

CAPÍTULO IV.

EL MUNDO CRISTIANO EN LA ÉPOCA DE LA INVASION DE LOS BÁRBAROS.

El Bajo Imperio atestigua la impotencia del cristianismo para reformar el gobierno, el orden social y aún las costumbres. No puede negarse que la religion domina á la política en Constantinopla; á pesar de esto, la decadencia continúa hasta la muerte. Aun el cristianismo está infectado de la corrupcion general. Esta decrepitud no es peculiar al imperio de Oriente; existe por todas partes por donde las legiones habian llevado sus armas. Nada prueba mejor la necesidad de la terrible revolucion, que se llama la invasion de los Bárbaros, que el estado del mundo cristiano en el momento de la inmigracion de los pueblos del Norte. Veamos las dos sociedades que están frente á frente, la civilizacion aparente y la barbárie. ¿Dónde está la vida, el gérmen del progreso? Si entre los Romanos, aún despues de su conversion, no encontramos sino signos de disolucion y de muerte, será necesario que aceptemos la caída del mundo antiguo, á pesar de las calamidades que la acompañaron, como un beneficio de la Providencia.

¿Qué era del pueblo rey? Un historiador contemporáneo de la invasion, *Ammiano Marcelino*, ha trazado el cuadro de la Ciudad Eterna en su rudo lenguaje. Es un retrato al natural: «Los descendientes de los vencedores del mundo cifran su gloria en la altura extraordinaria de una carroza ó en la fastuosa afectacion de un traje. Su molicie sucumbe bajo el peso de su capa, tan lige-

ra, sin embargo, que el menor viento la levanta. A cada momento los veis separando los pliegues para hacer admirar las franjas bordadas y el curioso trabajo de una túnica sembrada de figuras de animales. La ocupacion más séria de los nobles romanos es la preparacion de una de esas comidas, en muchos actos, festines interminables y homicidas. Sus placeres son una carrera extravagante á traves de la ciudad, con caballos lanzados á rienda suelta, arrastrando tras de ellos multitud de lacayos, verdadera turba de ladrones. Primeramente, á la par del coche se adelantan las gentes de oficio. Detras de ellos viene el populacho ahumado en las cocinas, despues las tropas de lacayos engrosadas con todos los holgazanes de los barrios. Cierran la marcha los eunucos de todas edades, con los viejos á la cabeza, todos igualmente pálidos, lívidos y horribles. Si uno de estos grandes personajes tiene que hacer una excursion un tanto fuera de sus costumbres, para visitar sus tierras ó para proporcionarse el goce de la caza (se entiende, para verla, no para cogerla) se imagina haber igualado los viajes de César y de Alejandro, aunque no haya hecho más que pasearse en góndolas pintadas desde el lago Averno hasta el Puteolo ó hasta Caieta. Si una mosea viene á posarse sobre la franja de seda de su dorado abanico, si el menor rayo de sol penetra por algun intersticio de su quitasol, ya se queja de no haber nacido entre los Cimmerios.»

¿Cuál podia ser la cultura intelectual de aquella raza bastardeada? «Las pocas casas en las que el culto de la inteligencia era honrado aún son invadidas por el gusto de los placeres, hijos de la pereza. No se oyen en ellas más que voces que modulan, instrumentos que suenan. Los cantores han desterrado á los filósofos y los profesores de elocuencia han cedido su lugar á los maestros de hecho de los placeres. Se tapián las bibliotecas como las tumbas.»

El egoismo más abyecto habia invadido aquellas almas pequeñas: «Reciben á un extranjero, á un hombre que quizás les ha hecho servicios; piensan honrarle suficientemente haciéndole preguntas de este género: ¿qué baños frecuentais? ¿de qué agua os servís? Si tienen un amigo atacado de una afeccion grave, se evitan el espectáculo de sus sufrimientos; si envian á saber su estado, el criado no se atreverá á volver á entrar en casa ántes de lavarse

desde la cabeza hasta los piés; temen la vista de un enfermo, aún por medio de tercera persona. Pero si ocurre una invitación á alguna boda, de toda esta gente tan meticulosa respecto de su salud, no habrá uno, aunque estuviese atacado por la gota, que no tenga piernas para correr, si necesario fuera, hasta el Esposito.»

No habia ya sentido moral en aquellos seres, embotados por la orgía: «Si un esclavo es demasiado pesado para llevarles agua caliente en seguida, le hacen aplicar cien azotes. Pero si el pícaro ha matado á un hombre con premeditacion, su dueño no se apurará para responder á los que pidieren la cabeza del asesino: «¿Qué quereis? Es un miserable. En lo sucesivo, el primero de mis esclavos que se atreva á hacer otro tanto, yo os lo juro, se acordará de mí.» Los dueños eran más despreciables que sus criados. No retrocedian ante el crimen con tal de procurarse el oro, objeto de todos sus deseos: «No hay prestigio que no se ponga en juego para obtener un testamento; aunque el testador tuviese mujer é hijos, poco importa..... En fin, el testador se entrega, nombra los legatarios. En seguida muere, como si no hubiera esperado más que esto para morir.»

Tales eran los patricios. «En cuanto al pueblo, no es sino un monton de ociosos y de holgazanes, sin casa ni hogar. Pasan la noche en las tabernas ó al abrigo de las tapicerías que cubren los anfiteatros. Beber y jugar, concurrir á los espectáculos y á las tabernas, á los garitos de las borracheras y de la prostitucion: hé aquí toda su vida. Para ellos el gran circo es el templo, el hogar, el centro de reunion, la suma de las esperanzas y de los deseos. Es necesario ver á los Nestores de estas asambleas proclamar con la autoridad de su experiencia, jurar por sus arrugas y sus canas, que la república es perdida si en la carrera que va á tener lugar su cochero favorito no toma desde luégo la delantera y no llega á tocar la meta. Todo este populacho se corrompe en una increíble pereza. Pero en cuanto el día descado, el día de los juegos ecuestres comienza á lucir, se manifiesta en todos á la vez una prisa, una precipitacion, una lucha de velocidad capaz de dejar atrás á los carros mismos que van á correr. Muchos han pasado la noche en el circo, agrupados en facciones, esperando febrilmente la gran obra de que van á ser testigos. ¡Exraña preocupacion, exclama el

historiador, la de todo un pueblo que apenas respira esperando el resultado de una carrera de carros!» (1).

Tales eran los Romanos en vísperas de la invasion de Alarico y de Atila. Los horrores de una guerra que nos espanta aún á quince siglos de distancia no tuvieron el poder de regenerar aquellas almas decrépitas. Aun las desgracias personales, que despiertan siempre en el hombre el sentimiento de la religion y del deber, en nada cambiaron la futilidad de los espíritus. En vano los santos obispos trataban de hacer servir los males exteriores al bien espiritual de los cristianos y á la correccion de sus costumbres; ni los azotes de Dios, dice un historiador (2), ni las palabras de sus ministros hacian efecto sobre los pueblos. Escuchemos las quejas de San Crisólogo, que gobernó la Iglesia de Rávena á mediados del siglo v: «Nada es capaz de hacernos concebir el justo dolor de haber ofendido á Dios. El nos castiga continuamente, él nos abruma con todos estos males, él da tantos felices triunfos á los Bárbaros, él descarga sobre nosotros el granizo, él asola nuestros campos con la niebla, él hace temblar la tierra..... Y nosotros no temblamos ni tenemos miedo. Se ve reinar constantemente entre nosotros una avaricia ardiente é insaciable; no se respira sino lujo y vanidad; no se piensa sino en robarse los unos á los otros, mientras cada uno pierde sus bienes. Nos entregamos con más furor á las rapiñas, á las imposturas, á los perjuros, á los engaños, á fin de atraer sobre nosotros la cólera de Dios, llevando á su colmo nuestros crímenes.» Esta voz no es aislada. Un retórico de Marsella, testigo de la invasion de los Bárbaros, ha escrito un poema sobre la corrupeion de las costumbres de su siglo. Describe los males producidos por la invasion; estas desgracias no han podido corregir á los cristianos: «Los Bárbaros, el hambre cruel, las enfermedades, han pasado en vano sobre el Imperio; somos lo que éramos. No deseamos, no reverenciamos sino una cosa: el oro.....» (3). Las mismas quejas se encuentran en *San Efremito*: «Los temblores de tierra, las guer-

(1) AMMIAN. MARCELL., XIV, 6; XXII, 4; XXVIII, 4.

(2) TILLEMONT, *Historia de los emperadores*. Valentiniano, III, art. 28.

(3) CLAUD. MAR. VICTOR, *De perversis sue ætatis moribus*, en la *Biblioteca Maxima Patrum*, t. VIII, p. 427, H.

ras de los Persas, las invasiones de los Bárbaros, cubren de ruinas al Asia. La cólera de Dios se manifiesta claramente para atraer á los cristianos á la penitencia, y los cristianos no se corrigien » (1).

La mano de Dios pesó sobre la Ciudad Eterna. Aquellos nobles, habituados á una vida tan afeminada, fueron arrojados de sus soberbios palacios, obligados á mendigar el pan del extranjero. Siguiéron siendo ligeros en la miseria como lo habian sido en la prosperidad: «Venden sus ropas y sus andrajos, dice *San Jerónimo*, para tener oro» (2). «A la posteridad costará trabajo el creerlo, exclama *San Agustín*, testigo ocular. Apénas escapados del desastre de Roma, van todos los días al teatro de Cartago á entregarse á porfia á fanáticos trasportes con los histriones. ¿Qué aberración, ó más bien, qué furor trasporta á estos hombres insensatos? ¡Qué! ¡Los pueblos del Oriente lloran la muerte de Roma; en las estremidades de la tierra las más grandes ciudades están de duelo y consternadas, y vosotros correis á los teatros, los sitios; vuestra pasión llega al delirio! La prosperidad os ha degradado, la adversidad os encuentra incorregibles. ¡Habeis llegado á ser los más miserables, y continuais siendo los más malvados de los hombres!» (3).

Esta degradacion no era un vicio particular de la capital del Imperio. Se habia extendido, como un cáncer roedor, por todo el mundo romano. Agustín murió durante la invasion de los Vándalos, dichoso por no haber visto en Cartago la misma corrupcion, cuyo espectáculo hirió su alma despues de la toma de Roma. *Salviano*, sacerdote de Marsella, nos pinta el estado de la poblacion cartaginesa cuando los Vándalos estaban á sus puertas: «¿Quién lo creyera? La ciudad es sitiada, los Bárbaros destruyen sus murallas, no se oye más que el ruido de las armas; y durante este tiempo los cristianos de Cartago se hallan en el circo completamente ocupados en gozar del placer insensato de ver degollarse entre sí á los furiosos atletas; otros se hartan de infamias en el

(1) EPHRAËM, *Sermo Ascetic.*, t. I, p. 42, A.

(2) HIERONYM., in *Ezechiel. Proph.* VII, *Prefat.* (t. III, p. 842).

(3) AUGUSTIN., *De Civ. Dei*, I, 33, 33.

teatro. Miéntras degüellan á sus conciudadanos fuera de la ciudad, se entregan dentro á la disolucion. El ruido de los combatientes y los aplausos del circo, los tristes acentos de los moribundos y los locos clamores de los espectadores se mezclan juntamente; en esta horrible confusion, apénas pueden distinguirse los gritos lúgubres de las desgraciadas víctimas que se inmolan sobre el campo de batalla, de la gritería con que el resto del pueblo hace resonar los anfiteatros. ¿No es esto desafiar á Dios y obligarle á castigar?» (1).

Dios castigaba á los pueblos, y en lugar de corregirse negaban la Providencia. Sigamos á *Salviano* en las Galias (2); encontraremos en ellas la misma corrupcion que en Roma y en Cartago, la misma inercia moral, la misma futilidad. La Galia era cristiana, pero las costumbres eran en todo lo opuesto de los preceptos de Jesucristo: «Dios nos ordena la caridad, y nosotros nos destrozamos con nuestras enemistades y nuestros odios. Dios quiere que demos nuestros bienes á los pobres, y nos apoderamos de los bienes de los demas. Dios nos ordena la castidad, y nos revoltemos en el fango de la impureza. ¿Qué más diré? La Iglesia misma, que debiera reconciliarnos con Dios, provocó su cólera. ¿Qué es la cristiandad sino una sentina de vicios? Que se nos muestre en la Iglesia un hombre que no sea borracho, gloton, adúltero, corrompido, ladron, pillo, homicida. Se encontrará más de uno que tenga todos estos vicios; no se encontrará uno que esté exento de ellos.» *Salviano* recorre todas las clases de la sociedad; la corrupcion crece á medida que se eleva. Se espanta uno cuando oye censurar á los nobles de que ninguno de ellos está libre de la más sucia corrupcion, de que ninguno está puro de sangre humana.

¿Aquella masa perdida con los vicios merecia el nombre de cristianos? El furor de los juegos no les dejaba tiempo para ocuparse de su salvacion: «Abandonan la Iglesia por el circo ó por espectáculos tan impuros que la lengua se resiste á detallar sus

(1) SALVIAN., *De Gubern. Dei*, VI, p. 141, y sig. Citamos la traduccion, ó más bien la imitacion que CHATEAUBRIAND ha hecho de este pasaje en las Notas sobre el *Genio del Cristianismo*.

(2) SALVIAN., III, p. 59 y sig.

horrores. ¿Hay ciudades que no estén manchadas por estos vergonzosos espectáculos? Sí; en Maguncia, Colonia, Tréveris ya no hay juegos. Pero ¿por qué? ¡Porque los Bárbaros las han destruido!» (1).

La invasión no corrigió más á los Galos que á los Romanos. Los Bárbaros les arrebataron las riquezas, les dejaron los vicios: «Reducidos á la última miseria, dice *Salviano*, no piensan más que en frívolos entretenimientos. La pobreza por fin trae á la razón á los pródigos; pero en cuanto á nosotros, somos pobres y corrompidos de una naturaleza particular; el hambre no impide nuestros desórdenes.» El orador cristiano se detiene al ocuparse de la suerte de Tréveris, la capital de las Gálias, la residencia de los emperadores: «¿No he visto yo mismo á los nobles más distinguidos de Tréveris, aunque arruinada por completo, en un estado más deplorable con relacion á las costumbres que con relacion á los bienes de la vida? Les quedaban aún algunos restos de su fortuna; no les quedaba ya nada de las costumbres cristianas. Es triste cosa referir lo que he visto con mis ojos: fieles preparados para morir que se entregaban á la orgía en el momento mismo en que su ciudad iba á perecer. En plena paz no se comprendería que se portáran así ni aún los niños. ¡Y son los príncipes de la ciudad, los ancianos, los cristianos los que celebran, por decirlo así, la destrucción de su patria, entregándose con furor á los placeres de la mesa, olvidando su rango, su edad, su fe y las calamidades públicas! El enemigo invade ya la ciudad. Los convidados no se alteran; impotentes para obrar, apenas capaces para andar, se encuentran con todas sus fuerzas para comer, beber y cantar.» ¿Qué impresión hizo la ruina de la ciudad sobre aquellos espíritus frívolos? «La capital de las Galias fué tomada y devastada por tres veces consecutivamente. Aquellos que habían sobrevivido al furor de los Bárbaros, perecieron unos de una muerte lenta á consecuencia de sus heridas, otros de hambre ó de desnudez; éstos de consunción, aquéllos de demencia. He visto yo mismo, penetrado de horror, la tierra cubierta de cuerpos muertos. He visto los cadáveres desnudos, destrozados, expuestos

(1) SALVIAN., VI, p. 132, 126, 134.

á las aves y á los perros: el aire estaba infectado; la muerte se exhalaba de la muerte misma. ¿Qué sucedió, sin embargo? ¡Oh prodigio de locura! ¡Una parte de la nobleza, salvada de los escombros de Tréveris, para remediar el mal pidió á los emperadores que restablecieran en ella los juegos del circo!..... ¿Dónde celebraréis los juegos? exclama *Salviano*. ¿Será sobre las cenizas y los huesos de vuestros padres, de vuestros hermanos, de vuestros hijos? ¿Se piensa en el circo cuando la esclavitud amenaza? ¿No se piensa sino en reír cuando se espera el golpe de muerte? ¿No parece que todos los súbditos del Imperio han comido de aquel veneno que hace reír y mata? ¡*El mundo romano muere y se rie!*» (1).

Se deplora la caída del Imperio y la ruina de la civilización romana; se considera á los conquistadores como bárbaros y la época durante la cual reinan como la edad de la barbarie. No tenemos sino una cosa que deplorar en la muerte del mundo antiguo: las calamidades sin número que agobiaron á los individuos. Aún es necesario quitar la vista de su innoble fin si no se quiere que la piedad se extinga en el espectáculo de una sociedad que muere riendo, no por valor, sino por frivolidad. Si se comparan estos Romanos decrepitos con los hombres del Norte, la comparación es completamente favorable á los rudos vencedores. No es esta una teoría que nosotros inventamos *à posteriori*. Los contemporáneos mismos se han extrañado de la superioridad moral de los Bárbaros. *Salviano* no cesa de decir á los cristianos de las Galias que son peores que los Hunnos y los Vándalos. La acusación confundía el orgullo de los Romanos (2); asombra aún hoy á los admiradores de Roma. Escuchemos al orador cristiano.

Salviano no disimula los vicios de las poblaciones bárbaras; no las idealiza, como han hecho algunos escritores modernos. Reconoce que los Francos son pérfidos, los Sajones feroces, los Gepidos inhumanos, los Alemanes borrachos, los Hunnos impúdicos. Pero los Bárbaros son paganos y los Romanos cristianos. En el contraste de los vicios de sus contemporáneos con las virtudes que

(1) SALVIAN., VI, p. 137, 142 y sig., 147; VII, 153.

(2) IBID., IV, p. 85: «*Scio plurimis intolerabile videri, si barbaris deteriores esse dicamur.*»

la religion ordena es donde Salviano ve su culpabilidad (1). El materialismo antiguo habia corrompido la sociedad hasta en sus entrañas: en vano intentó el cristianismo sembrar su moral en aquella podredumbre. Salviano no se contenta con una acusacion general: entra en detalles; opone los Galos, los Españoles, los Africanos á los conquistadores germanos, y siempre la balanza se inclina á favor de los Bárbaros. Esta comparacion ofrece los testimonios más graves del estado del mundo cristiano durante la invasion; es la prueba evidente de la mision providencial de los Germanos.

En la época en que Salviano escribia los Godos ocupaban el mediodía de la Galia. Salviano hace la descripcion de la Aquitania: «Viñas, praderas esmaltadas de flores, verjeles, campiñas cultivadas, bosques, árboles fructíferos, rios y riachuelos, nada falta en ella. ¿No deberian los habitantes, exclama el orador cristiano, cumplir sus deberes para con un Dios tan generoso con ellos? Y sin embargo, el pueblo más feliz de las Galias es tambien el más desordenado. Por todas partes reina la impureza; las ciudades son como inmensas casas de prostitucion. Las mujeres distinguidas consideran el libertinaje como un privilegio de su nacimiento. En medio de los enemigos y entre el hierro de los Bárbaros, los Romanos se entregan á todos los desórdenes.» A la impureza romana opone Salviano la pureza germánica. Se ha acusado á Tácito de haber hecho la sátira de Roma, elogiando á los Germanos; pero ¿cómo no dar fe á un escritor cristiano que lanza á la faz de sus contemporáneos, de sus correligionarios este humillante contraste de la corrupcion de los Romanos y de la castidad de los Bárbaros?» Los Godos no admiten la orgía en su seno; tienen vergüenza de nuestros excesos; éstos son un privilegio de nosotros, Romanos impuros, á quienes conocen por la disolucion de las costumbres. Yo pregunto: ¿cuál será nuestra esperanza en Dios? Nos gusta la impureza, los Godos la detestan. La orgía es un crimen entre ellos, entre nosotros es un honor. ¡Y nos asombramos de que Dios haya dado nuestras tierras á los Bárbaros! Las habiamos manchado con nuestros excesos y los Bárbaros las purifican con su castidad » (2).

(1) SALVIAN., IV, p. 86 y sig.

(2) IBID., VII, p. 154-160.

La España fué invadida por los Vándalos. El nombre de este pueblo se ha convertido en sinónimo de barbarie salvaje. Escuchemos el juicio de un contemporáneo, en el paralelo que establece entre los vencedores y los vencidos: «Los mismos vicios que han perdido á los Galos, han acarreado la ruina de los Españoles. ¿Qué digo? Sus vicios exceden á los nuestros. Por su impureza merecian ser entregados á los más bárbaros de los conquistadores; no hubieran tenido derecho para acusar á la cólera celeste. Pero para atestiguar su reprobacion por la corrupcion excesiva de los habitantes de la España, Dios los ha sometido al yugo de los más puros de los Bárbaros, los Vándalos. La conquista de la España es un juicio de Dios. Concediendo la victoria á los Bárbaros, ha querido mostrar cuánto odiaba los vicios de los Romanes, cuánto amaba las virtudes de los vencedores » (1).

Por todas partes adonde dirige sus miradas Salviano, encuentra el materialismo antiguo que ha acarreado la disolucion del mundo romano. Despues de pasar á Africa, los Vándalos fueron los terribles ministros de la venganza divina. Los Africanos nada tenian de cristianos sino el nombre; unian las supersticiones del paganismo al culto cristiano; demostraban en cierto modo su aversion á las virtudes evangélicas, persiguiendo con su odio á los solitarios que las practicaban. ¡Debemos asombrarnos de que, cristianos infieles, fueran los más corrompidos de los hombres! Todos los géneros de desórdenes se habian dado cita en Africa. La provincia entera era como una sentina de fango y de podredumbre. Todas las naciones tienen sus defectos, pero cada una se distingue tambien por alguna virtud. Entre los Africanos no se encontraba nada más que inhumanidad, embriaguez, impureza. Este último vicio es el que domina; las más sucias pasiones consumian al Africa, como un fuego devorador: «No es una morada para los hombres, sino un Etna, lleno de impúdicas llamas. ¿Quién no hubiera creído que los Bárbaros se infectarian con el contagio universal? Vencedores en medio de un país delicioso, en que la naturaleza y los habitantes incitaban, por decirlo así, á la molicie, á los placeres, hubiesen tenido disculpa si hubiesen hecho

(1) SALVIAN., VII, p. 160.

lo que veían hacer á los vencidos. Admirémos, pues, á los Bárbaros, que permanecieron puros en el seno de la impureza. No se les vió jamas mancharse con un amor contra naturaleza; no se les vió ni aún frecuentar los sitios de prostitucion. Lo que yo digo, exclama *Salviano*, apénas es creíble. ¡Grande, eminente debe ser la virtud de los Bárbaros, para resistir á los atractivos de la corrupcion que los rodea, que los solicita!» (1). *Salviano* se engañaba al creer que los Vándalos purificarían al Africa de los vicios que en ella reinaban. El contagio romano fué más fuerte que la pureza germánica: los conquistadores acabaron por revolcarse en el fango lo mismo que los vencidos, y compartieron su suerte.

Salviano fué testigo de las devastaciones, de los excesos cometidos por los pueblos del Norte; los pinta con sombríos colores; sin embargo, comparando á los Romanos con los Bárbaros, no duda en celebrar á los vencedores, y en glorificar á Dios por la transformacion que opera por su ministerio. El orador cristiano presente la mision providencial de los Germanos. Se propone justificar la Providencia que los cristianos negaban en medio de los males que los abrumaban; en esta justificacion resplandecen los designios de Dios. Los Romanos que *Salviano* compara con los Bárbaros eran cristianos; aquel estado miserable del Imperio, que deplora el sacerdote de Marsella, era el estado de una sociedad cristiana. Cinco siglos habian trascurrido desde la predicacion del Evangelio. El mundo, al parecer cristiano, no habia cesado de corromperse y de marchar hácia la decrepitud y la disolucion. ¡Vengan, pues, los Bárbaros!

(1) SALVIAN., VII, p. 169, 172, 182.

LIBRO SÉPTIMO.

FILOSOFÍA CRISTIANA.

CAPÍTULO I.

FILOSOFÍA Y RELIGION.

SECCION I.ª—EL CRISTIANISMO Y LA FILOSOFÍA.

§ I.—Consideraciones generales.

El cristianismo lucha con el mundo antiguo durante cinco siglos; el combate no cesa hasta que la antigüedad misma se derumba á los golpes de los Bárbaros. Hemos descrito la oposicion del paganismo contra la nueva religion, el ódio del nombre cristiano, la persecucion y el triunfo del Evangelio. Una oposicion igualmente viva tuvo lugar en el terreno de las ideas entre la doctrina cristiana y la filosofia. Las cuestiones agitadas en estos largos debates tienen por sí mismas una gran importancia, porque se trata de los elementos esenciales del espíritu humano, la religion y la filosofia. Pero la lucha del neoplatonismo y del cristianismo tiene para nosotros un interes más inmediato todavía. Hay sorprendentes analogías entre nuestra época y los últimos siglos del mundo antiguo: la religion tradicional hace esfuerzos deses-